

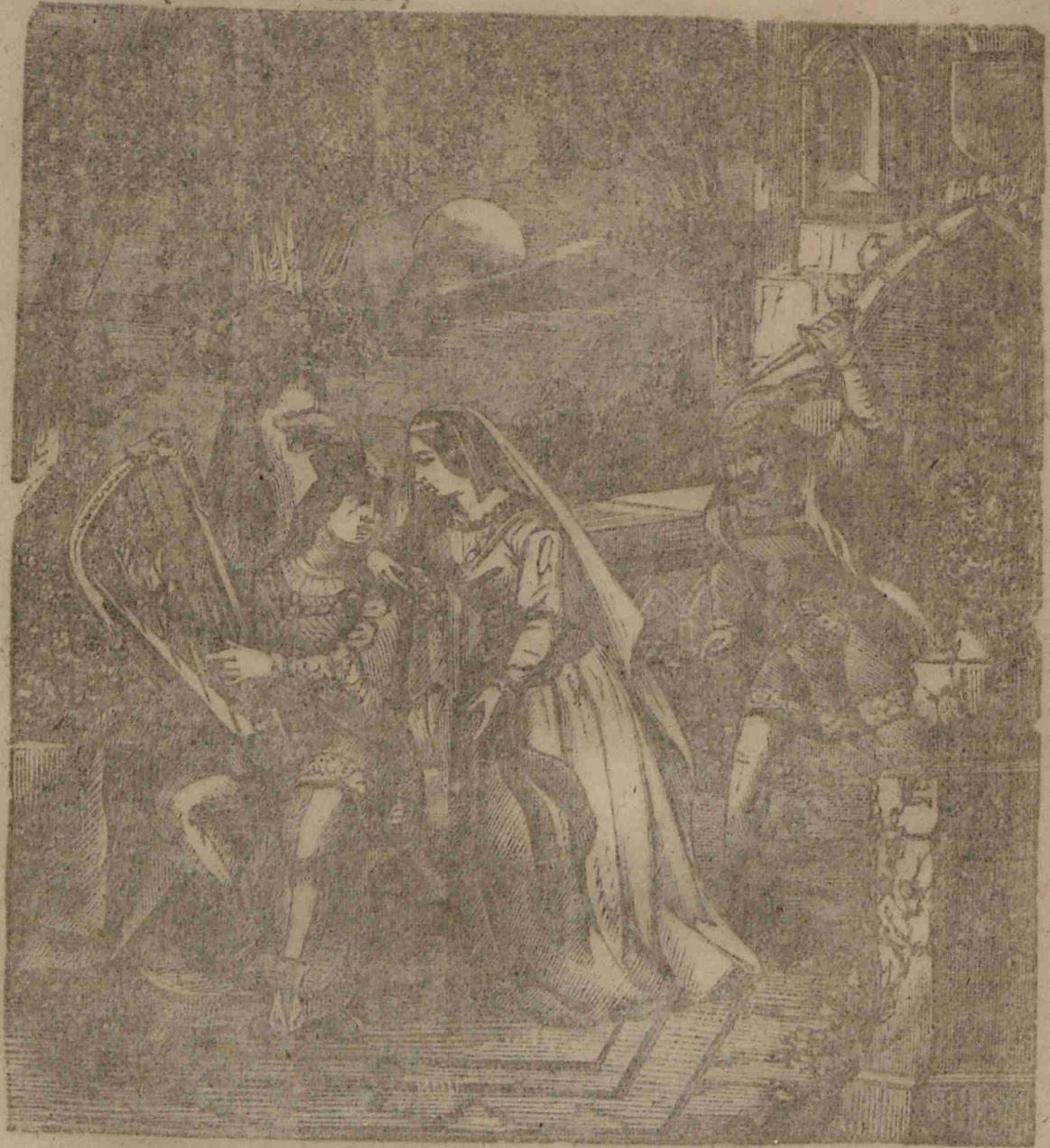
**HISTORIA**  
DE  
**LA GUIRNALDA MILAGROSA.**

MADRID:—1858.

Imprenta de D. José María Marés, plaza de la Cebada, núm. 96.



(TRES PLIEGOS.)



ESTOTORA

DE

# LA GUINIALDA MILAGROSA.

MADRID:—1838.

Imprenta de D. José María Barés, plaza de la Cebada, núm. 90.

R: 18.439



# HISTORIA

DE

## LA GUIRNALDA MILAGROSA.

### PRIMERA PARTE.

CUANDO D. Pelayo el grito de guerra santa lanzó, para espulsar á los moros del territorio español, (que de él se hicieron señores por venganza, con traicion), coronar tan alto empeño resolvió en su mente Dios; mas en sus altos designios su voluntad decretó, que antes que del pueblo ibero se lograse la intencion, de crímenes y perjurios sufriese insano el rigor. Y aunque en mas de cien batallas al sarraceno venció, quedó triunfante otras tantas el agareno pendon.

Hasta que al fin de ocho siglos, del Juez Supremo la voz, *al mahometismo en España esterminio*, pronunció. Y ya entonces sus dominios uno tras otro perdió, guardando solo en Granada su vergüenza y confusion. Mas aunque allí tributario quedó del rey español, se alzaron nuevos caudillos que con bizarro teson juran llegar á la Alhambra, y en el alto mirador clavar triunfante la enseña del divino Redentor. Y colmando sus deseos el mas feliz galardón,

evacuaron los moriscos  
el territorio español.  
Con que del árabe imperio  
la completa destruccion,  
princiando en Covadonga,  
en Granada terminó.  
Para celebrar un triunfo  
de tan alta estimacion,  
el español entusiasmo  
su grandeza desplegó;  
y en justas, danzas, torneos,  
convites, de sol á sol  
todo era fiestas Granada,  
todo lujo y esplendor.  
En banquetes y saraos  
en buen gusto y profusion,  
nadie fue mas adelante,  
ninguna casa escedió  
á don Gonzalo de Lara,  
ilustre rico infanzon,  
tan bien querido en la córte  
como apreciado en valor;  
el cual gozaba en Valencia  
una pingüe posesion,  
poblando tres mil vasallos  
su terreno productor;  
donde ostentaba un alcázar  
de riquísima labor,  
obra digna de la mano  
que diestramente le alzó  
en una fertil campiña,  
cuyo constante verdor  
recorta en el horizonte  
su dilatada estension.  
La pradera entapizada  
de agradable tornasol,  
cruza risueño un arroyo  
saltando de flor en flor,  
brotando chispas de plata  
en su carrera veloz;  
y va con grato murmullo  
á un jardin encantador,  
donde las frutas y plantas

con su gusto y arrebol  
hacen lisonjera gala  
de la grandeza de Dios.  
Constante sirve al alcázar  
de antemural guardador  
un ancho espacioso bosque,  
donde en frondoso verdor  
el alcotan y la garza,  
la tórtola y el alcon,  
el javalí, la raposa,  
el gamo y ciervo veloz,  
en todas las estaciones  
dan al diestro cazador,  
mas que alcanza su deseo  
para saciar su aficion.  
Era, en fin, toda la vega  
tapiz de inmenso grandor,  
que en plantas, aves y frutas,  
cual tierra de promision  
la divina Providencia  
con mano franca llenó.  
En medio de tal riqueza,  
de la fortuna el favor,  
de don Gonzalo de Lara  
la ilustre cuna meció.  
Alli sus primeros años  
contento y feliz pasó,  
y alli gozó las primeras  
ilusiones del amor.  
Al cumplir los cinco lustros,  
en matrimonio se unió  
con una jóven doncella,  
doña Adela de Jiron,  
parienta en próximo grado  
del noble Cid Campeador.  
Doña Adela era un dechado  
de la humana perfeccion,  
de hermosura y de talento,  
gracia, virtud y candor.  
Su edad, la de los amores,  
pura como el arrebol  
que ostenta al aura de Mayo  
el capullo de una flor.

Para amar y ser amado  
 nacido su corazón,  
 del puro amor de su esposo  
 era constante crisol.  
 Y su esposo por su parte  
 ciego y constante la amó;  
 pudiendo muy bien decirse  
 con acertada razon;  
 que á don Gonzalo y Adela  
 quiso dar el Criador,  
 una voluntad á entrambos  
 y un alma para los dos.  
 Al año de matrimonio  
 un hijo el cielo les dió,  
 para completar lo bello  
 de tan venturosa union.  
 Guillen le dieron por nombre,  
 y el niño no desmintió  
 de su ilustre alcurnia  
 la esclarecida opinion;  
 pues desde su tierna infancia  
 claramente demostró,  
 que seria con el tiempo  
 de sus mayores honor.  
 Su aplicacion al estudio  
 y su talento precoz,  
 en breve dieron el fruto  
 de su esmerada instruccion.  
 Con que siendo de sus padres  
 el embeleso mayor,  
 contentos y satisfechos  
 de su recíproco amor,  
 doña Adela y don Gonzalo  
 vivian ambos á dos  
 en un mundo de delicias  
 que concertó el mismo Dios,  
 y del cual solo el infierno  
 pudiera ser torcedor.  
 Contaban asi diez años  
 en tan dichosa ilusion,  
 cuando al cerco de Granada  
 don Gonzalo se ausentó;  
 y á siglos contando el tiempo

de aquella separacion,  
 tan luego como domado  
 el sarraceno furor,  
 el triunfo del cristianismo  
 asegurado quedó,  
 al seno de su familia  
 Lara de volver trató.  
 En el tiempo que en Granada  
 residió, tuvo ocasion  
 de ser, como muchos otros,  
 testigo y admirador  
 del talento inagotable  
 y profunda erudicion  
 de un árabe rico y noble,  
 que por su ciencia logró  
 en la corte del rey moro  
 muy distinguido favor.  
 Abdul tenia por nombre;  
 su aspecto, sin ser feroz,  
 era grave; mirar franco,  
 y de atezado color.  
 Su language tan ameno,  
 su genio tan seductor,  
 que no era dable tratarle  
 y no cobrarle aficion.  
 Asi con él don Gonzalo  
 tal amistad estrecho,  
 que sintiendo en la partida  
 tanto su separacion,  
 como si fuera de un deudo,  
 un medio fácil pensó,  
 por el cual pudieran juntos  
 seguir viviendo los dos,  
 llevándosele consigo  
 á completar la instruccion  
 de su hijo; a cuyo efecto,  
 largamente le ofreció  
 recompensar su trabajo.  
 Sobre tal proposicion,  
 Abdul por algunos dias  
 maduramente pensó:  
 de una parte le llamaba  
 del suelo patrio la voz;

por otra, secreto impulso  
escitaba su ambicion.  
Al fin, al segundo lado  
su voluntad se inclinó,  
y reuniendo sus bienes  
en joyas de gran valor;  
tornando á mirar cien veces  
el solar donde nació;  
dejando, en fin, en Granada  
sellado el último adios,  
en direccion de Valencia  
con el de Lara partió.  
Pintar aqui con acierto  
la dulce satisfaccion  
de doña Adela, en el dia  
que la nueva recibió  
de la vuelta de su esposo,  
fuera empresa superior  
al ingenio limitado  
que Dios al hombre le dió;  
y á mas, inútil seria  
para quien sepa de amor,  
al decir que con el alma,  
la vida y el corazon  
se aguarda un bien adorado  
que tiempo ha se ausentó,  
mucho mas cuando en peligro,  
perdido se le lloró.  
Cuando del momento ansiado  
el dia por fin llegó,  
y en alas de su deseo  
Adela salió veloz,  
al encuentro de su esposo,  
el instante en que le vió,  
si grande fue su contento  
fue su sorpresa mayor  
al reparar en el moro,  
fijando en él su atencion.  
Abdul tambien por su parte  
con asombro la miró;  
mal reprimió un movimiento,  
quiso hablar y vaciló;  
centellearon sus ojos,

y cortés la saludó.  
Ella quiso recobrase  
de su primer estupor;  
mas fuese secreto impulso  
ó acertada prevencion,  
en el semblante y acento  
del moro aquel, encontró  
la perfecta semejanza  
de otro rostro y otra voz,  
que á ser su tormento eterno,  
en su memoria guardó.  
Y por mas que ante su esposo  
disimulara el dolor,  
como el cristal de una fuente  
empañá raudo aguillon,  
la mirada de aquel hombre  
todo su gozo nubló,  
recordándola otros tiempos,  
tiempos de acerbo dolor;  
dias de amargura y llanto  
en que á su padre perdió.  
De cuyo triste suceso  
constantemente ocultó  
á su esposo los detalles,  
poseida del temor  
de que si un dia llegase  
á descubrir el autor,  
pondria en riesgo su vida  
por tomar satisfaccion.  
D. Gonzalo enagenado  
de contento, no advirtió  
ni la sensacion de Adela,  
ni de Abdul la turbacion:  
con lo cual de aquel misterio  
corrido el velo quedó;  
el de Lara, disfrutando  
la dulce satisfaccion  
de poseer en su casa  
el inapreciable amor  
de su esposa y de su hija,  
quienes á su vez, las dos  
le proporcionaban dichas  
que el mismo Cielo envidió.

Abdul sofocó en su pecho  
la llama que en él ardíó  
á un impulso irresistible,  
en impensada ocasion;  
y aunque tal vez en secreto  
se conservará el calor,  
á nadie le fuera fácil  
el penetrar su intencion,  
segun el loable esméro  
que desde luego mostró,  
ya con Guillen, á quien daba  
estensa y sabia instruccion;  
ya siendo de don Gonzalo,  
solicito y previsor,  
aun mas que amigo, vasallo  
y esclavo de su opinion;  
teniendo, en fin, con Adela  
tal prudencia y atencion,  
que se convenció ella misma  
de que tan solo un error  
pudo turbar sus sentidos  
la primer vez que le vió;  
pues no encontró en sus facciones,  
aunque mucho le observó,  
ni en su trato delicado  
y amable circunspeccion,  
nada en que se descubriera  
el hombre amenazador,  
que tanto preocupaba  
su ardiente imaginacion.  
Luego trocando en aprecio  
lo que primero fue horror,  
volvió el contento á su alma  
y el sosiego al corazon.  
Abdul, por la fé cristiana,  
abjuró su religion,  
y nombrándose Marcelo,  
el Bautismo recibió.  
En tan sacra ceremonia  
Gonzalo le apadrinó,  
y se celebró el festejo  
con toda la ostentacion  
que el asunto requeria,

de un noble y rico señor.  
Con que toda la familia  
ya desde entonces tornó  
á ser feliz y dichosa,  
como era en tiempo anterior;  
y asi un dia y otro dia,  
un mes y otro mes pasó.

Uno tras otro los años,  
trazando su curso al tiempo  
sobre la faz de la tierra  
cruzan con rápido vuelo:  
que si el hombre cuando empieza  
á usar del entendimiento,  
meditase de las dichas  
lo vano y perecedero,  
y que pasados los años  
fugaces instantes fueron,  
serian menos sus culpas  
y sus desventuras menos.  
Vivieron mas de tres años  
en envidiable sosiego,  
Guillen, Gonzalo y Adela,  
y el moro recién converso.  
Pero las guerras colmadas  
en que se agitaba el reino,  
al estado de Gonzalo  
llevaron el desconcierto.  
De las armas de Castilla  
sonó el velicoso estruendo,  
y los pueblos que á Fernando  
y á Isabel rëndian feudo,  
en torno de sus pendones  
animosos acudieron  
para defender su causa  
con bizzarria y denuedo,  
cada cual rivalizando  
para llegar el primero.  
Cuando la trompa guerrera  
llevó á Valencia sus ecos,  
Gonzalo, cual buen vasallo



y valiente caballero,  
de su obligacion conoce  
los intachables preceptos.  
De su patria ve la gloria,  
de su rey oye el acento,  
y en patriótico entusiasmo  
enardecido su pecho,  
enarbola su estandarte  
sin desperdiciar momento,  
formando legion gallarda  
de hidalgos y de pecheros.  
Abdul, al cual parecia  
que habia dotado el cielo,  
sin duda con altos fines,  
de un universal talento,  
ayudando á Don Gonzalo  
que se ocupa en los aprestos,  
con sábias disposiciones  
muestra su instinto guerrero;  
ya sagaz y vigilante  
las escuadras recorriendo;  
dando instruccion al recluta,  
con infatigable celo,  
ya, cual veterano gefe,  
la gente distribuyendo  
de modo que toda pueda  
servir en lances diversos,  
ya én fin, con prudencia y tino  
á la legion proveyendo  
para una larga jornada,  
de víveres y pertrechos.  
Doña Adela por su parte  
se esforzaba, pretendiendo  
retardar aquella ausencia  
con ingeniosos pretestos;  
hasta que al fin ya cereano  
el malhadado memento,  
el cariño de su esposo  
puso á prueba, recurriendo  
á las poderosas armas  
de lágrimas y de ruegos.  
Pero por mas que Gonzalo  
sienta dolor tan inmenso,

la sensacion que le causa  
sofoca dentro del pecho;  
que si de un lado le induce  
á la tardanza su efecto,  
del otro su rey le llama,  
y obedecerle es primero.  
En Guillen tambien ardia  
del pátrio entusiasmo el fuego;  
y aunque acompañar al padre  
quisiera en su santo empeño,  
ni su edad lo permitia,  
siendo un inherbe mancebo,  
ni aunque esfuerso le sobrara  
seria prudente hacerlo,  
por cifrar en éi su madre  
su solo amparo y consuelo,  
Pues por mas que don Gonzalo,  
tal vez á mayores riesgos  
que la campaña presente,  
hubiera su vida espuesto  
en diversas ocasiones,  
jámás en Adela hicieron  
temer, como en la de ahora,  
un lamentable suceso.  
Y cuando pesa en el alma  
un triste presentimiento,  
son cortas las reflexiones  
del mas despejado ingenio;  
que á cada paso que damos  
delante nos pinta el miedo,  
en cada sombra; un fantasma;  
en cada voz, un espectro.  
Llegó el dia tan temido,  
que todo estando dispuesto,  
principiaron las escuadras,  
á ponerse en movimiento.  
Hermosa la quinta aurora  
lució de mayo risueño;  
suave el céfiro movia  
sus leves alas meciendo  
de las soñolientas flores,  
los varios capullos tiernos;  
y las inocentes aves,



con armoniosos acentos, de rama en rama saltando, publicaban su contento, al asomar en Oriente, bajo trasparente vélo perfilado de oro y grana, del sol los rubios cabellos. Todo era encanto y dulzura; todo anunciaba en el cielo traer á la tierra un dia grato, apacible y sereno. Los atabales y trompas la señal de marcha hicieron; y los pajizos pendones sus pliegues flotando al viento; y los gallardos plumages el ancho espacio cubriendo, en leves ondulaciones de cien colores diversos; y las aguzadas lanzas volviendo al sol sus reflejos, en breve tiempo, al mandato de una sola voz, hicieron de topacios y diamantes lujoso tapiz, fingiendo que caprichoso cubria selvas, llanuras y cerros. Al recibir el de Lara de Adela el adios postrero, esta con amargo llanto alzó los ojos al cielo, y como de un rayo herida, cayó de repente al suelo lanzando un agudo grito de los que rasgan el pecho Fatal y cruel mirada! Presagio terrible, acervo! Al estraviarse sus ojos en el horizonte vieron rápidamente elevarse un nubarron denso, negro, que á oscurecer principiaba del sol los rayos primeros;

y en torno de sus cabezas girar con pesado vuelo, cerniéndose en el espacio, sobre el alcázar, un cuervo. A la esclamacion de Adela Gonzalo reparó en ello; pero á mas que no seria cordura prestar asenso á tribiales incidentes; que son para el vulgo agüeros; cuando la hueste marchaba con tan bizarro denuedo, fuera mengua de su gefe detenerse ni un momento. Y aunque algun instante confuso, absorto y suspenso, mal resistiendo la lucha de afectos varios y opuestos, devorando la amargura de su dolor en secreto, sobre la frente de Adela estampó un ardiente beso; dió un fuerte abrazo á su hijo; tomó la mano á Marcelo y estrechándola en las suyas con el mas cordial afecto, le dijo: «Mi fiel amigo, á tu cuidado encomiendo de mi familia y Estados la conservacion y arreglo: si mucho es lo que te pido, es mucho mas lo que espero de tu amistad intachable, de tu inteligencia y celo; y así, mas que de mis bienes, lo que te encargo y te ruego, que cuides mucho á mi esposa y mi hijo, á quienes deo sabe Dios que con el alma, porque otra cosa no puedo; llevando conmigo el aspid, de cuyo cruel veneno abrasadas las entrañas;

casi el corazón deshecho, y me vá ya quitando el habla y me quitará el aliento. Algunas palabras quiso añadir; mas conociendo que le faltaban las fuerzas, montó á caballo ligero, empañáronse sus ojos, y sin aguardar el tiempo de escuchar las reflexiones que quiso hacerle Marcelo, calándose la visera, partió veloz como el viento. En breve, tras de su espalda quedándose el bosque espeso, volvió el rostro hácia su casa, y ya sus ojos no vieron ni las torres del palacio, ni los floridos oteros, y aterrado, confundido, mas que si fuera de hielo, dejó caer su cabeza hasta tocar con el pecho, en tanto que á rienda suelta siguió el caballo corriendo, á encontrar los escuadrones que delante de él salieron. Cuando la infeliz Adela recobró el conocimiento, Guillen estaba á su lado, dando á sus penas consuelo, y como á todo el que sufre sus penas participadas dan á sus males remedio, la madre y el hijo entrambos por una causa sufriendo, pasados algunos dias llegaron á un mismo efecto, logrando de sus pesares hacer los rigores menos. Marcelo, desde la hora en que se quedó cual dueño

de la casa, por encargo de don Gonzalo, su aspecto cambió de cortés y afable, en algun tanto soberbio. Las atenciones que tuvo antes con Adela, fueron desde entonces claras muestras de atrevido galanteo. Ella sorprendida, absorta con tan no esperado intento, creyó confundir su audacia, tratándole con desprecio, mas él feroz é insolente siguió estrechando el asedio, con pertinaz osadía, hasta llegar al extremo de emplear las amenazas para lograr su deseo. Entonces fué cuando Adela temió sucumbir al peso de su desventura horrible, tan tarde reconociendo en el moro convertido, al hombre vil y perverso que fué tal vez de su padre, el homicida instrumento, forjado con pesadumbres de un loco y tenaz empeño. Y como á nadie tenia por amparo en tanto riesgo sino á Guillen, y era débil su vigilancia y esfuerzo, contra el poder de enemigo tan formidable y tan diestro, se retiró con su hijo al mas seguro aposento de una impenetrable torre del alcázar; no saliendo sino de él acompañada en las horas que Marcelo empleado en sus faénas, del palacio estaba lejos. Pero ni aun así tranquila,

determinó escribir luego  
 á su esposo y avisarle  
 tan increíble suceso  
 que amenazaba su vida;  
 y haciéndolo así en efecto,  
 con todas las precauciones  
 que para el mejor acierto  
 se requerían abicaso,  
 hizo que marchara el pliego.  
 Cuando llegó don Gonzalo  
 á incorporarse á los tercios  
 que á las partidas rebeldes,  
 de cerca iban persiguiendo,  
 consiguieron alcanzarlas  
 en tan acertado encuentro,  
 que allí quedaron vencidas,  
 dejando el campo cubierto  
 de ensangrentados despojos;  
 y sus fugitivos restos  
 fueron presa del de Lara,  
 para gloriosos trofeos:  
 con lo cual ya terminado  
 el mas importante objeto  
 que para ponerse en marcha  
 aquellas tropas tuvieron,  
 dirigiéndose á la corte  
 y á sus inmediatos pueblos,  
 para esperar nueva orden  
 se acuartelaron en ellos.  
 Iban cerca de dos meses  
 que don Gonzalo, sufriendo  
 entre temores y dudas  
 irresistibles tormentos,  
 no sabia de su esposa;  
 pues aunque con hondo anhelo  
 á su casa muchas veces  
 mandó mensajes diversos,  
 ni con cartas ni con nuevas  
 á verle jamás volvieron;  
 cual si hubiera en el camino,  
 para estorbar su regreso,  
 un abismo inmensurable  
 que los hundiera en su centro.

Quando ya casi estallaba  
 su acalorado cerebro,  
 á impulso de congeluras  
 y de cálculos siniestros,  
 paseándose una tarde  
 solitario y macilento,  
 vió llegar como en su busca,  
 sobre un caballo ligero,  
 un hombre que cabalgaba  
 completamente encubierto,  
 con el embozo á las cejas  
 y hasta el embozo el sombrero.  
 Acercándose á Gonzalo,  
 como el que sabe de cierto  
 quien es á quien se dirige,  
 puso en sus manos un pliego  
 sin hablar una palabra;  
 picó al caballo de recio  
 y se perdió en el espacio,  
 á rienda suelta corriendo.  
 Atónito don Gonzalo  
 con semejante misterio,  
 trató de saber ansioso  
 de aquel papel el concepto,  
 y con mano temblorosa  
 rompiendo el lacrado sello,  
 en mal conformadas letras,  
 leyó en semejantes términos:

«Si ultrajado y ofendido;  
 sin consuelo ni reposo;  
 enamorado y celoso;  
 despreciado, en vilecido,  
 estais de venganza ansioso,  
 no con indolente calma  
 desperdiceis la ocasión,  
 que breves las horas son,  
 y á los desquites del alma  
 nunca en tardar hay razon.  
 No abrigueis la confianza  
 de que reveses mundanos  
 purgan delitos humanos:  
 si quereis, señor, venganza,



tomadla por vuestras manos, venid, vereis entre ruinas de vuestra casa despojos, estragos, iras y enojos, sangre, cenizas, espinas, arena, cieno y abrojos.

Al terminar la lectura de tan terrible concepto (que solo de sus entrañas pudo abortar el averno) don Gonzalo anonadado de pasmo y asombro lleno giró en derredor la vista y no vió ningún objeto; paralizada su sangre y contraídos los nervios sin acertar á moverse quedó con espanto fiero hasta que de su desmayo le sacó el lúgubre acento de un cáravo que gritaba en un inmediato fresno; y fijando en una idea su agitado pensamiento, resuelve marchar al punto á su casa y ver si es cierto lo que el anónimo dice; y haciéndolo desde luego, sin ser visto de los suyos abandonó el campamento, ya bien entrada la noche, fiado su amparo al cielo. Cuando partió don Gonzalo, en aquel mismo momento el destino señalaba con su inexorable dedo el término adonde Adela debía llegar muy presto. En torno de su palacio todo era dulce sosiego y solaz grato en su estancia, brindaba el jardín ameno

Con tranquilidad la noche iba su curso siguiendo, y la luna entre celajes de color amarillento tornasolaba las flores que suave halagaba el céfiro. Solo en la verde enramada interrumpia el silencio el ruiseñor amoroso, con melodioso gorgceo de la fuente cristalina el constante saltadero, y el compasado murmullo del bullicioso arroyuelo. Junto al palacio, en un sitio fragante frondoso y bello, se hallaban dos personajes en inocente recreo. Una hermosa y jóven dama, en cuyo semblante bello se traslucian señales de algun padecer interno; y que vestida de blanco, su talle gentil y esbelto, sus matizadas megillas y su trasparente cuello, daban enojo á las rosas y á las azucenas celos con inequívocas muestras del mas entrañable afecto, fijaba con entusiasmo sus hermosos ojos negros, en la figura de un jóven gallardo, afable y apuesto. Era su tez sonrosada; blando su rubio cabello; eran estrellas sus ojos; leve y flexible su cuerpo. Tan visibles perfecciones acumulaba el mancebo, que la dama extasiada se imaginaba estar viendo mas bien que de un ser humano.

la imagen de alado genio.  
Era la jóven, Adela,  
y Guillen, el garzón bello,  
que dulcemente juntando,  
con maestría y gracejo,  
los sonidos de una lira  
á su encantador acento,  
en sentidas consonancias  
cantaba estos tristes voisos:

Mal descansa con dolor  
quien entre espinas y abrojos,  
en cuanto pone los ojos,  
ánshas encuentra y temor.  
Qué rigor! solo tres horas  
al ver un abismo abierto,  
temiendo en él ser de cierto  
sumerjido, soñar con penas  
dormido, y hallar desdichas  
despierto! Ay del que al recuerdo  
fiel de una esperanza perdida,  
pasa el mayo de la vida  
en amargura cruel!  
Ay de aquel que en el mundo  
maltratado por los vaivenes  
del hado caprichoso,  
después de verse dichoso,  
llega á verse desdichado!

Aquí Guillen se detuvo  
para recobrar aliento;  
que su corazón latía  
con tal violencia en el pecho,  
cual si quisiera salirse  
de su limitado centro;  
tal vez leal presajando  
algún extraño suceso.  
Breves instantes pasaron  
en misterioso silencio  
de una sonora campana  
en un relójo muy lejos,

rodaron por el espacio  
doce compasados ecos.  
Su faz ocultó la luna,  
silvó con rudeza el viento,  
y las puertas del palacio  
sobre sus gozner crujieron.  
Adela y Guillen entonces,  
de terror y espanto llenos,  
quisieron dejar el sitio,  
mas no pudieron hacerlo;  
pues antes de dar un paso,  
sobre sus cabezas vieron  
con ímpetu formidable  
brillar agudo acero;  
y al querer brioso el jóven  
parar el golpe primero,  
regando el suelo de sangre  
cayó sin conocimiento.  
Casi en el instante mismo  
oyóse un ¡ay! lastimero  
y una voz que roncamente  
pronunciaba «Al fin me vengo!»  
«Si;.... ¿me conoces, Adela?»  
«¿conoces al que otro tiempo,  
porque tuvo la desgracia  
de amaros hasta el extremo,  
con vileza vuestro padre  
le afrentó altivo y soberbio;  
y á pesar que tal ultraje  
supo sufrir en secreto,  
de vuestro padre alevoso  
el rencor no satisfecho;  
con persecucion odiosa  
logró obligarle al destierro?»  
Adela exclamó: asesino,  
Marcelo infame, teneos!!  
«— Tenerme! sí, cuando vea  
terminado mi deseo.  
»¿Tuvisteis vos, por ventura,  
»piedad de mis sufrimientos,  
»cuando al saber que un amante  
»os idolatraba ciego,  
»el corazón á pedazos

»le desgarrábais con celos?  
»¿Y acaso fué vuestro padre  
»conmigo menos severo,  
»cuando al sorprender la carta  
»que os declaraba mi afecto;  
»me buscó, me insultó airado,  
»porque bastardo desciendo  
»de una mora y de un cristiano  
»aunque noble caballero?  
»Y al tratar de vindicarme  
»yo de tanto vilipendio,  
»su mano estampó en mi rostro,  
»encontrándome indefenso.  
»Yo no pudiendo otra cosa,  
»hice entonces juramento  
»de que semejante ofensa,  
»fuese mas tarde ó mas presto,  
»se lavaria en su sangre,  
»pero de un modo tremendo.  
»Mientras estaba esperando  
»propicia ocasión de hacerlo,  
»me persiguió vuestro padre  
»con tal encarnizamiento,  
»que tuve secretamente  
»que ponerme á salvo huyendo.  
»Al dirigirme á Granada,  
»dónde tenia mis deudos,  
»aquí dejé confiado  
»á un amigo el cumplimiento  
»de lo que jurado estaba,  
»sin haber tenido efecto.  
»De la religion cristiana  
»renegando, llegué luego  
»del rey moro de Granada  
»á ser visir predilecto.  
»Allí supe que mi amigo  
»acortó con un veneno  
»la vida de vuestro padre,  
»por no encontrar otro medio.  
»Mas mi venganza no estaba  
»satisfecha por completo:  
»necesitaba que fuese  
»tan terrible el escarmiento,

» como grande fué el ultraje  
» que á mí se me habia hecho.  
» Sin duda el satisfacerme  
» tomó á su cuenta el infierno,  
» pues por medios tan estraños  
» llegué al caso en que me veo;  
» y así, si quiso la suerte  
» bajo mis manos ponerlos,  
» no he de ser yo quien quebrante  
» sus infalibles decretos.»

Dijo, y con furia horrible  
acometió sin dar tiempo  
á que la infeliz Adela  
pronunciase ni un acento:  
solo tres hondos suspiros  
en la oscuridad se oyeron;  
tres veces hirió la daga  
de la infeliz dama el pecho.  
Entonces ruió furioso  
desencadenado el viento;  
envistió con el alcazar  
y derribándole al suelo,  
quedó el espacioso valle  
de polvo y ruinas cubierto;  
perezció el frondoso bosque;  
los altos montes se hundieron  
y las fuentes y los rios  
su corriente suspendiendo,  
en pantanos y lagunas  
sus cristales convirtieron,  
y así, cuando don Gonzalo  
guiado por su deseo,  
de sus estados antiguos  
creyó pisar los linderos,  
tan solo encontró á su vista  
un espantable desierto;  
pues de las celestes iras,  
los pastores y labriegos,  
las aves y los ganados,  
despavoridos huyeron,  
quedándose aquel recinto  
de tan horroroso aspecto,  
que don Gonzalo dudando

si era realidad ó ensueño. *escuchóse*  
aterrado se detuvo; *debió temblar*  
hasta que al fin sucumbiendo  
al peso de su desgracia,  
cayó sin sentido al suelo.  
Tan triste cuadro, la noche  
cubrió con su negro velo;

la antigua heredad de Lara *quedaron*  
quedó en sepulcral sosiego *pasó la y*  
y entre el polvo de sus ruinas  
su desventurado dueño,  
sin que pudiera saberse  
si estaba con vida ó muerto.

## SEGUNDA PARTE.

**D**ESPUES que completó el triunfo  
de las sarracenas armas  
lograron los españoles.  
los católicos monarcas  
intentaron la conquista  
mas gloriosa y mas preciada  
de cuantas dieron laureles  
á la corona de España:  
tal fue la del Nuevo-Mundo,  
que con temeraria audacias  
emprendió Cortés coloso,  
haciendo eterna su fama.  
Cuando la gente dispuesta,  
ya solamente se aguarda  
la señal de que á Occidente  
su rumbo emprenda la escuadra  
golfo de confusos ecos  
son de Valencia las playas,  
los ancianos, que al guerrero  
animan con sus palabras;  
las madres y las esposas,  
al viento dando sus lágrimas;  
con jácaras los soldados,  
las vírgenes con plegarias.  
En un dia que, cual otros,  
después de escenas tan variadas,  
la poblacion bulliciosa  
ya sosegada se halla.

calmando su furia el cielo  
de una tormenta pasada,  
roba á la tierra la luna,  
envuelta entre nubes pardas.  
Es mas de la media noche,  
segun á juzgar se alcanza;  
y en sueño tranquilo el pueblo  
de sus fatigas descansa.  
Solo en una oculta calle,  
que es de muchos ignorada,  
escúchase un triste acento,  
que al parecer sollozaba.  
Tambien con él se confunden  
otras cortadas palabras;  
pero no fuera posible  
saberse de donde salgan.  
si la luna que ya entonces  
su rostro desembozaba,  
no dejase ver á intervalos  
ser un galan y una dama,  
que ella detras de una reja  
y él en la calle se hablaban.  
Aunque en sentidos opuestos,  
tratan los dos una causa:  
sus penas ella diciendo,  
cuando el declara sus ansias;  
pidiéndola amores él,  
ella sintiendo mudanzas,

Quedaron luego en silencio,  
y al cabo de breve pausa,

escuchóse al de la calle  
decir resuelto en voz alta:



«Vive Dios, que ya, Isabel,  
»estais demás porfiada!  
»Sabeis, Isabel, que tengo  
»por nombre Guillen de Lara?  
»Sabeis que vino mi cuna  
»de tan ilustre prosapia,  
»que si el sol se le atreviera  
»bien pronto se avergonzara,  
»porque viera que su brillo  
»con el de aquella no iguala?  
»Y sabeis que si esta sangre  
»un hombre en sus venas guarda,  
»no puede vivir sin honra,  
»y ha de saber sustentarla  
»en fé de prenda que debe  
»á Dios, al rey y á su dama?

«Pues si todo esto sabeis,  
»podeis estar sosegada;  
»que Guillen aprecia menos  
»la vida que su palabra.  
—»Un año que me la disteis.  
—»Un año, cierto, bastaba  
»para que hubiese cumplido  
»mi amor y vuestra esperanza;  
»pero si quiso la suerte  
»mecirme en cuna dorada,  
»no quiso que yo clavase  
»la rueda de la desgracia.  
»Seis años ha que el destino  
»persiguiéndome con saña,  
»hasta la tierra que piso  
»zozobra bajo mis plantas.



Perdí desgraciadamente  
 las prendas que mas amaba;  
 perdí mis padres, mis bienes;  
 con ellos perdí mi casa!  
 y estuve tambien tan cerca  
 de que mi vida acabára,  
 que debo tener de cierto  
 á milagro el conservarla.  
 Hallándome ya espirando,  
 en aquella noche aciaga  
 que fué víctima inocente  
 mi madre desventurada,  
 en éxtasis delicioso,  
 que el alma me arretaba,  
 vi que se rasgaba el cielo  
 con resplandor de oro y grana;  
 y entre vaporosas nubes  
 y entre celajes de nácar,  
 un trono de serafines  
 llevando sobre sus alas,  
 cual si fuera leve pluma,  
 una hermosísima dama,  
 cuya rubia cabellera  
 vistosamente adornada,  
 de blancas fragantes rosas  
 una graciosa guirnalda:  
 de púrpura su vestido;  
 manto azul, que tachonaban  
 mil refulgentes estrellas,  
 que á las del cielo eclipsaban.  
 Era esta escelsa Señora  
 la Virgen inmaculada,  
 que de la mansion eterna  
 con tanta pompa bajaba.  
 Entonces mil instrumentos  
 en sonoras consonancias,  
 poblando el inmenso espacio,  
 la hicieron celeste salva;  
 y cuando tornó de nuevo  
 hácia el Empíreo su marcha,  
 al pié de su régio trono  
 veíase arrodillada  
 una señora vestida

de leve túnica blanca;  
 una estrella refulgente  
 sobre su frente brillaba,  
 y en su cuello de alabastro,  
 que envidia á la nieve daba,  
 cinco encendidos rubies  
 su fuego reberveraban:  
 cinco rojas cicatrices  
 que hizo rencorosa daga;  
 pues aquella era mi madre,  
 que tras desventuras tantas,  
 hallaba en la gloria eterna,  
 de sus virtudes, la palma.  
 Ignoro desde aquel punto  
 lo que conmigo pasára;  
 porque ni sé cuanto tiempo  
 tuve la razon turbada,  
 ni quien me sacó del sitio  
 en que espirante me hallaba.  
 Me vi cuando abrí los ojos,  
 en una modesta estancia,  
 que de un pobre monasterio  
 ser la celda figuraba.  
 Delante de un crucifijo  
 que habia junto á mi cama,  
 venerable y fervoroso  
 un religioso rezaba.  
 Sus sábias exhortaciones  
 y su asistencia esmerada,  
 me hicieron en breve tiempo  
 que la salud recobrara.  
 Entonces busqué anhelante  
 mis estados y mi casa;  
 pero perdido entre ruinas,  
 no me fué posible hallarla.  
 Era de noche; la luna  
 brillaba con luz opaca:  
 sin direccion y sin guia  
 mi tardo paso vagaba.  
 Caminé toda la noche  
 y al crepúsculo del alba,  
 distinguí que muy distante  
 del suelo pátrio me hallaba.

Con intencion decidida  
seguí adelante mi marcha,  
logrando al cabo de pocas,  
pero penosas jornadas,  
estar dentro del recinto  
de la córte de Granada,  
y por término de viaje,  
en ella fijé mi estancia.  
Pasaban días y meses;  
los años tambien pasaban,  
y no pasaban las horas  
de mi deshecha borrasca.  
Entre continuos pesares,  
zozobras, congojas y ansias,  
corria mi triste vida  
sin alivio ni esperanza;  
cuando por la vez primera  
vi vuestra hermosura rara,  
que cautivó desde luego  
mi corazon, vida y alma.  
De que seré vuestro esposo  
tengo palabra empeñada;  
pero por mas que al sagrado  
mirase de mi palabra,  
¿cómo queriais que uniese  
vuestro amor á mi desgracia?  
Venisteis luego á Valencia,  
y aunque un pesar me empeñara  
en no ver mas sus arenas,  
ni mas respirar sus auras,  
para quebrantar mi empeño  
el venir tras vos me basta.  
Pero ay! como los deseos  
al desventurado engañan!  
Cuando en vuestro amor veía  
el iris de mi bonanza,  
con inmerecidas quejas  
vuestros rigores me matan.  
— Por acabar tu suplicio,  
una bien certera espada  
pondrá término á tu vida  
si esos rigores no bastan;  
acercándose á la reja

dijo una voz destemplada.  
Y antes que Guillen tuviese  
tiempo de ponerse en guardia,  
un resplandeciente acero  
ante su pecho brillaba.  
Pero el jóven, que al peligro  
jamás le volvió la espalda,  
evitando el primer golpe,  
á su adversario se lanza,  
confundido en lid sangrieta  
de tajos y de estocadas.  
Envuelta en densas tinieblas  
quedó tan fatal batalla,  
sin saberse á quien protege  
la fortuna de las armas.  
Pasados breves instantes,  
al ruido siguió la calma;  
un bulto habia en el suelo;  
otro bulto se alejaba;  
estaba la reja sola,  
y la ventana cerrada.  
A poco de allí, en la torre  
las tres marcó una campana.

---

Tras noche tan borrascosa  
lució hermosísimo el día,  
y las gentes que durmieron  
sosegadas y tranquilas,  
al despertar del aurora  
con regocijo se ajitan.  
Todos van hácia las playas,  
donde todo es alegría;  
todo guerrero entusiasmo;  
todo patriotismo y vida.  
La escuadra que al Occidente  
su rumbo incierto encamina,  
los aprestos del embarque  
confusamente principia.  
Oyese una voz de mando;  
se calma la gritería,  
y la espedicion velera

con viento en popa camina,  
Cuando este animado cuadro  
en la playa se ofrecia,  
otro mas interesante  
se hallaba en una capilla,  
en medio de una alameda  
á la poblacion contigua;  
en cuyo ameno recinto  
se custodiaba una ermita,  
que en la memoria del tiempo  
su fundacion se perdia;  
siendo tan pobre de aspecto,  
como de milagros rica,  
morando en ella la imagen  
de la Virgen sin mancilla,  
la madre del Verbo hermoso,  
á quien el vulgo apellida  
«La Virgen de la Guirnalda,  
reina de las maravillas,»  
á cuyas plantas las gentes  
fervorosas acudian,  
como templo de sus bienes  
y amparo de sus desdichas.  
Ante imagen tan sagrada  
en la hora referida  
estaba un rubio mancebo  
en oracion, de rodillas.  
Era el altar de alabastro  
hecho con arte prolijo,  
ostentándose grandiosa  
en él la Virgen Santisima,  
que en sus amorosos brazos  
al Niño Jesus tenia.  
De la celestial Señora  
la cándida sien ceñia,  
deslumbrando con su brillo;  
una guirnalda magnífica,  
á la caridad cristiana  
de los debotos, debida.  
Erase, pues, la guirnalda,  
labrada en oro maciza,  
y en sus flores engastada  
riquísima pedrería.

El mancebo que rogando  
á la Majestad divina,  
con fé de cristiano estaba,  
y fervoroso pedia  
á la reina de los cielos  
su intercesion infinita,  
en éxtasis delicioso  
su imaginacion perdida,  
tan sin movimiento estaba,  
que su cuerpo parecia  
yerto cadáver humano,  
ó estatua de mármol fria.  
Pasando asi largo rato  
sin dar señales de vida,  
por fin su pecho ajitado,  
profundamente suspira;  
luego girando suspenso,  
en torno suyo la vista,  
y pensando en levantarse,  
quiso hacerlo y no podia;  
pues entre dos decisiones  
su voluntad suspendida,  
si la una le impulsaba,  
la otra le detenia;  
y al pretender decidido  
del suelo alzar las rodillas,  
un poder irresistible  
con fuerza se lo impedia,  
cual si sobre el duro suelo  
le hubiesen quedado fijas.  
Alzó de nuevo los ojos  
hácia la imagen Santisima,  
y vió que aquella Señora  
la mano diestra movia.  
Sorprendido y admirado  
con aquella maravilla,  
por mas que dentro de su alma  
se abrigase una fé viva,  
zozobrando algun momento,  
dudó si acaso seria  
de su mente acalorada  
una apariencia finjida.  
Mas luego reflexionando



cuanto al Señor ofendia,  
poniendo en duda un instante  
su omnipotencia infinita,  
con mas fervor que al principio,  
si mayor fervor cabia,  
baja humilde la cabeza,  
con devocion se santigua,  
y en mental plegaria reza  
la salve y ave-Maria.  
Entonces en sus oidos  
resuena clara y distinta  
una voz, que por lo dulce,  
de algun ángel parecia;  
y suspendiendo su alma,  
de esta manera se explica:  
«Dios te honrará como tú  
»le has honrado en algun dia;  
»tus plegarias ha escuchado  
»y con su gracia infinita  
»te amparará cuando mas  
»lo necesites; confia  
»en que te ha de pagar Dios  
»lo que mereces, con dichas  
»que en tí y en tu descendencia  
»se conserven sucesivas.»  
Dijo: y el eco rodando  
con celestial armonia,  
fué perdiendo en el espacio  
cuanto de humano tenia.  
El jóven alzó gozoso  
hácia la Virgen su vista,  
y vió en el instante mismo  
que de su mano caia  
una flor de la guirnalda,  
la mas brillante y mas linda,  
cuya graciosa figura  
y cuya belleza rica,  
al ser iman de los ojos,  
dejaba el alma cautiva:  
y con ser de tal grandezas  
y hechura tan esquisita,  
no recibió ni el mas leve  
deterioro en su caída.

El joven viendo en el suelo  
alhaja de tal cuantia,  
juzga no ser conveniente  
allí dejarla perdida:  
pero al mismo tiempo viendo  
que tan sagrada reliquia  
no deberá ser osada  
á tocar su mano indigna,  
pensó que de ambos extremos,  
lo mas prudente seria  
consultar á un sacerdote  
que con sus luces le asista;  
bien para que alzar del suelo  
tal tesoro le permita,  
ó bien para que le explique  
tan incompreible enigma.  
Con tal decision, de nuevo  
pretende alzar las rodillas;  
pero no le fué posible,  
que clavadas las tenia.  
Entonces secreto impluso  
irresistible le incita,  
á cojer la flor aquella  
que deslumbra con sus chispas.  
Apenas llega su mano  
á tocarla, en ella mira  
la preciosísima prenda,  
y sus piernas por sí mismas  
levantándose del suelo,  
hácia la puerta le guian.  
Otra vez la voz del ángel  
le fortalece y anima  
diciéndole: «Guillen, marcha:  
»nada estorba tu partida:  
»esa prenda que te llevas,  
»la Virgen te la dedica,  
»para que sea su precio  
»alivio de tus desdichas.  
»Deshecha, podrás venderla  
»sin que supongas malicia:  
»nada temas, aunque en ello  
»tal vez arriesgues la vida.»  
Dejó, pues, Guillen gozoso

la solitaria capilla,  
dispuesto á dar cumplimiento  
á lo que le prevenía  
el arcano incomprendible  
de la Majestad divina.  
Cruzando el frondoso bosque,  
su paso seguro guía,

llegando pronto á estar dentro  
de la poblacion vecina,  
donde de una estrecha calle  
á lo largo se desliza,  
confundido entre las gentes  
que de la playa volvian.

### TERCERA PARTE.

**ALGO** mas, ó poco menos,  
pasado habrian tres meses  
desde el dia portentoso,  
maravilloso y solemne,  
que la Santísima Virgen,  
siempre pia, amante siempre,  
grande con revelaciones  
y con dádivas elemente,  
á Guillen en la capilla  
quiso dar á conocerse.  
Desde aquel dia, en el pueblo  
tales sucesos se ofrecen,  
que á los unos dan espanto  
y á los otros entretienen.  
Al faltar en la Guirnalda  
la mas rica flor que tiene,  
los primeros que á la ermita  
llegaron, cuando lo advierten,  
con indignacion concitan  
el ánimo de los fieles.  
Todos admiran el caso,  
y fácilmente comprenden,  
que tan solo un desalmado  
y desesperado hereje,  
pudo cometer un robo  
tan sacrilego y alevé.  
Del horroroso atentado  
sabe todo el pueblo en breve,

y el deseo del castigo  
de tal sacrilegio, crece;  
mas como nadie sabia  
quien el delincuente fuese,  
por mas que lo averiguaron,  
no pudo el caso saberse,  
hasta que de sus pesquisas  
por fin, se les aparece  
un hombre que según dice,  
de luengas regiones viene,  
y con diabólicas artes  
causa terror á la plebe  
y que de sábio hechicero  
adquirir fama pretende:  
y en efecto, muchas ciencias,  
artes y lenguas posee;  
ejecuta mil prodigios,  
y sabe los diferentes  
secretos, que yerbas, plantas,  
piedras y frutos contienen.  
Sospecha el vulgo en el mago,  
y desde luego le prende.  
Puesto á cuestion de tormento  
declara lo conveniente,  
pues aunque no es suyo el crimen  
que acumularle pretenden,  
con el poder de sus ciencias  
á descubrirlo se ofrece,

si para ello le dejan  
libre volver á su albergue.  
El tiempo que ha señalado,  
como pide, le conceden,  
aunque muy bien vigilado,  
por si fugarse quisiere;  
y despues de varios signos  
y señales diferentes,  
con misterio ejecutados,  
á descifrar claro viene,  
que quien ofendió sacrilego  
á la Reina de los reyes,  
hurtando de su corona  
la flor mas resplandeciente,  
es un jóven que seguro  
de su delito se cree,  
pensando que no habrá nadie  
que de su crimen sospeche;  
y á entregarle por sí mismo  
el mago se compromete,  
para que sufra la pena  
que su atentado merece.  
Todo salió cual decia:  
puesto en poder de los jueces  
el jóven que el hechicero  
designó por delincuente,  
confesó luego los cargos  
que contra él aparecen;  
y el tribunal de justicia  
su justo fallo profiere,  
con la sentencia que dictan  
en tales casos las leyes,  
para que tan negro crimen  
se castigue con la muerte.  
Es la víspera del dia  
que el fallo cumplirse debe,  
y aprestándose á la fiesta  
con regocijo las gentes,  
de distintas poblaciones  
á la del suplicio vienen;  
que por mas que tales actos  
puedan parecer crueles,  
á los curiosos atraen

y al populacho divierten.  
Conque llegada la noche,  
van todos á recogerse  
y descansar de aquel dia,  
para llegar al siguiente.

Apenas era el aurora  
y del invierno al principio,  
de aquel dia señalado  
para el terrible castigo  
del mas horroroso crimen,  
pensado, oido, ni visto.  
No bien en el horizonte  
delineaba el sol á visos,  
entre celajes de nácar,  
rayos de rojo y pajizo,  
(de un hermosísimo dia  
claro y evidente indicio)  
cuando el pueblo valenciano,  
sus penas dando al olvido,  
apresurado se agita,  
corre azorado sin tino,  
poblando las anchas calles  
que conducen desde el sitio  
en que se encuentra el cadalso,  
hasta un antiguo edificio,  
que da pavor con su aspecto  
ruinoso y ennegrecido;  
donde al llegar á las puertas  
á nadie le es permitido,  
por entre una fuerte guardia,  
penetrar en su recinto;  
pues dentro dél, solo habia  
un aposento mezquino  
en que de seres vivientes  
pudieran hallarse indicios.  
Y era una lugubre estancia,  
que mas bien parece abismo,  
pucs jamás de luz entraba  
ni el mas ligero resquicio.  
Fuera de su puerta estaban,

con impeturbable aviso,  
dos inmóviles soldados;  
y en su interior sumergido  
un hombre, que se ocupaba  
de los divinos auxilios  
que á su lado le ofrecía,  
un sacerdote de Cristo.

Era el ajuar, una cama,  
una mesa y dos banquillos,  
una estampa y dos rosarios,  
dos velas y un Crucifijo.

Las gentes que aguardan fuera  
el instante apetecido,  
cuentan por fin que en la torre  
marca el eco fugitivo  
de una campana, diez veces,  
el momento decisivo.

Síguese luego de adentro  
un rouco y lejano ruido,  
que poco á poco se acerca,  
hasta llegar á ser visto  
en medio la calle el reo,  
de negro todo vestido.

Cabalga una hermosa mula  
por tener el Fuero escrito,  
«que si nobles hijos-dalgos  
una vez han delinquido,  
conserven sus dignidades  
hasta llegar al suplicio.»

De un tambor se oye el redoble  
y á su lúgubre sonido  
sigue una voz destemplada,  
que pronuncia en grandes gritos:

- «Hoy la justicia Divina
- »muestra su fallo inequívoco,
- »haciendo que ahorcado muera
- »por el horrendo delito
- »de haber robado en sagrado.
- »Don Guillen de Lara, hijo
- »de don Gonzalo de Lara,
- »hidalgo rico en lo antiguo.
- »Y pues tanta fué su culpa,
- »que pague su merecido.»

Cuando el pregon acababa,  
sonó de marcha el aviso,  
y las gentes bulliciosas,  
como por secreto instinto,  
de pronto, en piedad cambiaron  
su ansiedad y regocijo.  
por cláusula de sentencia,  
para llegar al suplicio  
debía pasar el reo

por delante de aquel sitio,  
en que con mano sacrilega  
cometió el crimen impío.

Así, pues, hácia la ermita  
de la Virgen conducido,  
contrastaba su semblante,  
(aunque pálido, tranquilo)  
su apostura y gentileza;  
su aspecto noble y sumiso,  
con lo negro de su culpa  
y triste de su conflicto.

Al pasar ante la puerta  
de la capilla, entrar quiso  
y á la Santísima madre  
pedirla en su trance auxilio.  
Para orar un corto instante,  
así le fué concedido;

y cuando en el ara estuvo  
arrodillado y sumiso,

fué todo el pueblo asombrado  
con el sublime prodigio  
de volverle á dar la Virgen  
el capullo mas lucido  
que tenia en su guirnalda;  
oyéndose al tiempo mismo  
una voz fuera del templo,

que decía entre alaridos:  
«Don Guillen está inocente;  
»mi delacion fué artificio;  
»porque si él tuvo la joya,  
»la Virgen así lo quiso;  
»despues trató de venderla,  
»y se la compré yo mismo....»

Entonces el pueblo, lleno

FIN

de indignación al oírlo, quiso vengar en su sangre, al inocente oprimido. Mas al ir á ejecutarlo, resonó un fuerte estampido, y entre relámpagos, truenos, huracan, lluvia y granizo,

fué rápidamente el mago, el moro Abdul convertido, despues de tantas maldades en los aires suspendido por una horrorosa sombra que con fuego se deshizo.



Despues que pasó en el campo escena tan horrorosa, á la puerta de la ermita la muchedumbre se agolpa; y cuando Guillen acaba su plegaria fervorosa, es por todos conducido á su casa con gran pompa; donde luego que llegaron admiran las gentes todas, la mas grande maravilla que con el de Lara obra la Divina Providencia; en su gran misericordia;

pues que de su triste albergue ya no existia ni sombra, sino en su vez, el palacio y la vega deliciosa, que convirtió el cielo en ruinas, y hermoso aparece ahora. Conque vuelto á sus estados y bienes, con tanta gloria, quedó en las generaciones despues acá mas remotas, consignando aquel prodigio que pasmo causa, y asombra; honrando cual se merece *la Guirnalda Milagrosa.*